

## IN MEMÓRIAM

Ya no contaremos entre nosotros con quien, tras nombrar un río, describía exactamente la temperatura de sus aguas y los peces propios de esas cuencas. Porque él, más que conocer la naturaleza, la vivía plenamente.

Perdimos la oportunidad de dar sazón a un “chamú”, o saber cómo despresar un marrano. No habrá quien nos provoque describiendo matemáticamente los pasos que se deben seguir para darle punto a un “cocido” cundiboyacense. No se nos reiterará sobre lo vivencial que debe ser la indagación cuando de verdad le apostamos a la recuperación de nuestra identidad cultural.

Ya no sabremos qué curvas hay que cruzar antes de llegar al pueblo próximo, y no podremos informarnos sobre el nombre común de los árboles que se asoman por esos caminos. Habrá que retornar a los mapas y a los libros, pues ya no estará quien con su memoria prodigiosa descifre lo que albergan los senderos de su Colombia.

No tendrán los estudiantes a quién consultar sobre los aparejos imprescindibles en una “enjalmada”, difícilmente conocerán del momento en el que es preciso realizar los desyerbes y la razón de ser de los “aporques”. Emprende viaje un devoto de las herencias campesinas.

A la ensoñación de los crepúsculos en la altillanura, y a la compañía de los joropos, les faltará la aclaración de quién es cada intérprete y a qué paisaje del llano se refieren. Aquí, en los claustros, la Orinoquia pierde al más incondicional de sus cancilleres. Quedan a media tinta las historias de la colonización en el piedemonte, en todo caso no estarán impregnadas de la imborrable anécdota del saman que golpeaba las ventanas del marco de la plaza, recordando la feracidad de la naturaleza en su entrañable Acacias.

No habrá quien rete a los futuros profesionales del agro para que a más del saber científico se impregnen del sudor, del abrazo directo a la tierra, puesto que según lo recordaba, aparte del esfuerzo que resulta del trabajo y de los callos que éste deja en las manos, no hay otra forma de interlocutar con las plantas y los animales.

Para qué seguir enumerando vacíos. No se alcanza a hacer el cálculo de lo que arrastra la muerte intempestiva. Ayer no más despedíamos a Álvaro Augusto, cuando a las 6:40 de la tarde terminaba su clase de semiología. Ya nunca más, al momento de cambiarnos de botas y de los verdes overoles, contaremos con quien evoque la etología y morfometría del caballo criollo, y nos dé cuenta exacta de las especies de “cachicamo” que hasta hace unos años moraban en el llano.

Alonso Correa Toro  
Profesor  
Facultad de Medicina Veterinaria y de Zootecnia  
Universidad Nacional de Colombia